

Metafísica, Nihilismo e Historia del Ser

SALOMÓN LERNER

Pontificia Universidad Católica del Perú

Comprometida siempre con la tarea de pensar al "Ser en su Verdad", la meditación de Martin Heidegger se nos muestra como un camino unitario sobre el cual el pensamiento busca constantemente su auto-esclarecimiento. Ensayando de reflejar la aproximación heideggeriana a lo "todavía-no-pensado", nos ocuparemos en lo que sigue a continuación de poner en relieve el rol que juega la Historia de Occidente, es decir, la metafísica, dentro del proceso esencial en el cual el mismo Ser se hace Destino.

En el pensamiento griego se anuncia ciertamente una experiencia privilegiada. La riqueza contenida en las sentencias de Heráclito y en la meditación de Parménides apenas se deja sospechar hoy; ella sin embargo, hace signo hacia el señalado "instante" en el cual el Ser, en tanto Presencia que sostiene y funda lo presente, es no solo Λόγος primordial sino también "eclosión" (*Aufgang, Entfaltung*) que sin agotarse en lo manifiesto, determina que algo aparezca: ἀ-λήθεια. Empero, al lado de la mencionada apertura al Ser, se establece ya en los albores de Occidente un no-cuestionamiento esencial, el cual, como signo inherente a toda la metafísica, lo conformará como Olvido. En efecto, si bien los primeros pensadores a través de su palabra se hacen los heraldos de la instalación de un mundo en el hecho del surgimiento del ente, si bien habitan en la "Proximidad" del Comienzo, ellos no tienen, sin embargo, una actitud rigurosamente colocada en el nivel de la pregunta. Más bien parecería que reflejando un "pre-sentimiento" del Ser y una ex-posición privilegiada a lo Abierto, se sostienen dentro del reino de la Maravilla en un puro contentamiento frente a la gratitud de la Ofrenda. A ese respecto dice Heidegger en el *Nietzsche I*:

Nosotros apenas si estamos en medida de decir lo que hay de más grande y esencial en esta actitud meditativa de los griegos al pensar el Ser: la inmediatez y pureza de su aprehensión inicial de las estructuras esenciales del ente o la ausencia de la necesidad de ir a ver aquello que podía hallarse todavía detrás de sus propias sentencias. Los pensadores griegos *no* hacen sino indicar los primeros pasos hacia *adelante*¹.

No es extraño, pues, que al cabo de una sensible –pero no por ello menos profunda– transformación, hallemos en la reflexión platónico-aristotélica una cierta manera de asumir al Ser y a la Verdad en la que se plantean las bases del "humanismo"; nombre este a través del cual se debe

1 Heidegger, Martin, *Nietzsche I und 2*, Pfullingen: Verlag Günther Neske, 1961.

comprender aquel proceso —que es el de la metafísica— de progresiva pérdida del sentido de lo oculto y de in-diferencia cada vez mayor ante el Ser como Misterio.

Instalándose, pues, la metafísica como aquella limitación por la que la Verdad —encerrada en los horizontes del concepto— se determina como "correspondencia" en lo "humano" (que deviene entonces y a lo largo de toda la Historia de Occidente elemento necesario, sino único, de la Verdad), y el Ser (entendido no como ocultada-manifestación, sino más bien como el ente presente bajo la figura de la ἰδέα o la ἐνεργεια), comenzará un proceso que a lo largo de más de 25 siglos traducirá paradójicamente no la proximidad sino más bien la lejanía —cada vez más profunda— entre el Hombre —ciego a su propia esencia— y el Ser, Suceso Originario que, en tanto Fundamento sin fondo, permite —a través del hombre— que el ente sea.

Siguiendo esta perspectiva, la época medioeval dentro de la comprensión heideggeriana significará tan solo avanzar en la desorientación. En efecto, en dicha época se perderán las huellas que el Ser como Palabra Originaria (λόγος - ἀ-λέθηεια) había dejado en la actitud maravillada y en las sentencias extranjeras al concepto de los primeros pensadores. Ello sucederá concretamente cuando la experiencia griega se "traduzca" en un horizonte de pensamiento en el cual las ideas rectoras son dictadas por una creencia religiosa que busca su fundación filosófica.

Ahora bien, el hecho que la "voluntad de fundar" (que manifiesta la comprensión inauténtica del λόγος griego, cuando él es asumido como Fondo, Razón, tribunal que explica y al cual se rinde cuentas), se muestre en el Medioevo estrechamente vinculada con la "causa" (αἰτία), y el que esas dos nociones se identifiquen con el Ser por excelencia (Dios: *actus purus*), no es un suceso fortuito. Él obedece, según Heidegger, a una historia que, decretada desde los orígenes, asigna al pensamiento medieval el rol de puente necesario a la última gran época de la metafísica, dentro de la cual, en tanto habitantes del reino de la técnica, nos toca existir: la época moderna.

Al iniciarse los Tiempos Modernos, la Verdad transmutada definitivamente en certeza, se fijará en el horizonte de lo propiamente humano, y, como certeza del conocimiento, se desplegará en el fondo como el medio más eficaz que el hombre puede utilizar para autoafirmarse y liberarse de las reglas y obligaciones impuestas por el pensamiento filosófico-religioso de la Edad-Media. Tal liberación, sin embargo, no rechazará el ideal de vida cristiana; por el contrario, transformándose este en una "visión cristiana del mundo", se afirmará implícitamente en la Cultura para constituir así un signo distintivo de la época que adviene.

Con el pensamiento moderno el hombre que intenta erigirse en centro de la realidad, buscará en la "teoría del conocimiento" y mediante la "experimentación", aquella certeza incommovible que debe afirmarlo como maestro soberano. Obedeciendo a tal fin, la posición filosófica de Descartes realizará la fundación metafísica del proyecto matemático, el que como "presuposición fundamental del saber de las cosas" (*Grundvoraussetzung des Wissens von den Dingen*), consagrará tanto la dominación de los entes en tanto "puestos" por el hombre, que es "*subjectum*", cuanto -y esto es lo más importante- al hombre mismo como eminente *subjectum*, como principio que funda, como el sub-yacente previo que posibilita la presencia de lo representado como tal.

Al encerrarse los horizontes del pensamiento filosófico dentro de los dominios del "representar", la Verdad aparecerá necesariamente como aquello que constituye la *esencia misma* del representar, es decir, como la infaltable presencia del "*ego*" que se afirma *en y por* la representación para así decidir de la consistencia de lo que es. Ahora bien, cuando -entendiendo a la Subjetividad como capacidad de representación que funda la esencia de lo representado- Descartes afirma al hombre como eminente *Subjectum*, él en verdad no hará sino preparar el terreno a la comprensión del Ser como la cualidad de "estar-ahí" que tienen los "objetos" y que se reclama de una previa y esencial posición efectuada por el hombre en tanto cognoscente. En otros términos, Descartes, al colocar al *Subjectum* como Principio, abre la posibilidad de asumir al Ser como la "*objetividad*" de los objetos que la misma Subjetividad funda (pone).

Asumiendo la herencia cartesiana y enriqueciéndola con la doctrina de Leibniz (donde la Representación es tanto Percepción cuanto Apetito), Kant constituirá aquella etapa decisiva en la cual -y por primera vez desde los griegos- la Filosofía ensaya el mostrarse como la meditación reclamada por la unidad-duplicidad del Ser y el ente. En efecto, Kant es el pensador que pudo haber conducido la metafísica a su auto-depasamiento, cuando en la primera edición de la *Crítica de la razón pura*, él se abre al Ser que se preanuncia en el Tiempo objetivable. Sabemos bien, sin embargo, cómo aquella "verdadera revolución copernicana" que significaba a los ojos de Heidegger el pensamiento de Kant, cederá el paso a otro proyecto en donde el filósofo de Königsberg, obedeciendo al destino de la metafísica, se inscribe en la Tradición que afirma al Ser como "posición" de la Subjetividad. Por allí la filosofía trascendental kantiana prepara el terreno en el cual el Ser se manifestará como voluntad. En el fondo, Kant mismo -al colocarse en continuidad historial con el mensaje cartesiano- experimentará al Ser como la esencia misma del representar, entendido este ya como *Objetividad y Voluntad*. Todo ello se da en el desarrollo de una lógica en donde *Λόγος* es plenamente *Razón*, y ello -a la vez- en el sentido de fundamento, es decir, presupuesto esencial de todo posible conocimiento que se reclama del "Yo pienso" así como en el sentido de

Sujeto original protagonista de un querer, que busca lo incondicionado y que nos abre así al horizonte de la Moral. Ahora bien, en el despliegue que esta Razón haga de sí misma, ella se mostrará como el sistema de condiciones necesarias para que el ente sea tal y ello sucederá solo en tanto él devenga *objeto*; en tal contexto, pues, el Ser como "condición de posibilidad" de lo representado solo podrá afirmarse en la fundación de los objetos de la experiencia, fundación que se vehicula en la articulación Forma / Materia, por la cual la espontaneidad de la acción del Entendimiento determina los datos inscritos en la receptividad de la Sensibilidad. Todo esto, claro está, es visible tan solo a través del *método* que, partiendo del pensamiento, se dirige al mismo pensamiento para aclararlo como saber en el hecho mismo del saber: *método transcendental*.

Es con Hegel que dicha afirmación comenzará a hacerse explícita y en tal sentido será con Hegel que la metafísica comience la etapa decisiva de su acabamiento. En efecto, absolutizando la Razón transcendental y la inmanencia que le es inherente, transformando el mismo representar (y por ende la Subjetividad) en el solo fundamento de la esencia de los entes y comprendiendo a estos no solo como objetividad sino como realidad, Hegel asumirá al Ser como Subjetividad entendida esencialmente como Voluntad de lo incondicional. Ahora bien, esa incondicionalidad de la Subjetividad que Hegel consagra, la comprenderá a través del Saber en la figura de la Razón, la cual entonces como saber-se voluntario y exhaustivo se instala como realidad absoluta de lo real. Así pues, la Verdad aceptada como certeza absoluta expresará la plena identificación entre Ser y Pensamiento, y ello en el sentido según el cual el Ser no es sino la afirmación que el Pensamiento hace de sí en el hecho de su auto-producción. Al reposar la filosofía sobre el reino de la Subjetividad incondicionada de la Razón, que se eleva a la dimensión de lo divino (pues ella ahora no solo ofrece las condiciones de posibilidad del aparecer del ente, sino que se confunde con esta misma aparición), y al devenir el Ser Voluntad que quiere saber-se, nacerá la exigencia del "Sistema Absoluto", el cual tendrá por meta conducir a la Unidad, explicando las diversas posibilidades que la esencia del Ser ofrecía desde los inicios de los Tiempos Modernos.

Sin embargo, el camino de la de-construcción no hallará su término en el sistema hegeliano; avanzando aún más en el Olvido y en los extremos límites que la Metafísica ofrece como pensar, Heidegger encontrará a Nietzsche. Este, sintetizando la Metafísica, encarnará la última tentativa -frustrada- a través de la cual esta historia ensaya de comprender su propia esencia.

La posición metafísica fundamental de Nietzsche se expresa, según Heidegger, en cinco doctrinas recorridas por un vínculo esencial.

La primera de las cinco palabras nietzscheanas nombra la "Voluntad de poder". Ella sirve para indicar la comprensión del Ser como *vida y devenir*, en otros términos, como *voluntad* pura que explica el carácter dinámico de la realidad. Aceptada ontológicamente la Voluntad como un poder-disponer-permanente, ella tendrá que ser entonces asumida como el auto-depasamiento incesante por el cual busca consolidarse en una estabilidad fundamentalmente precaria -ya que su lograda situación debe siempre ser punto de partida para nuevas adquisiciones--. Como auto-imposición, la Voluntad que es, pues, igualmente tanto atesoramiento del poder ya adquirido cuanto ímpetu que arrastra a nuevas conquistas, se revelará ser el Poder mismo que buscando la plena posesión de su pura esencia, funda de tal suerte la realidad como devenir. Radicalizando la incondicionalidad que se expresaba en la filosofía precedente, esta doctrina de Nietzsche mostrará el extremo al cual accede la Subjetividad en tanto Subjetividad del Querer. En efecto, la perseverancia en el poder -al mismo tiempo que la puesta en juego de ese poder ya conseguido en función de obtener más poder- no significará en el fondo sino la absoluta posición de las condiciones que la Subjetividad se coloca ella misma para consolidarse y acrecentarse. Ellos serán los valores de la *Verdad* y el *Arte*: condiciones necesarias que la Voluntad se señala en su auto-constitución.

La *Verdad* aparecerá como la condición que la Voluntad de poder se impone para asegurarse en su constancia; ahora bien, siendo la Voluntad *vida* y por lo tanto *dinamismo* que rompe toda estabilidad, la *Verdad* -aún siendo un valor a realizar- será sin embargo *Error*, error necesario que reclama una instancia superior: el *Arte*. Este, correspondiendo a la Voluntad en el movimiento de su auto-sobrepasamiento, se erigirá en la actividad genuinamente metafísica de la existencia en tanto apariencia que exalta la vida al transfigurarla.

Apareciendo el Ser como Voluntad de Voluntad que se identifica con las *perspectivas* que apuntan a la vez a su *conservación y aumento*, su verdad se alimentará de una contradicción radical que tendrá que superarse. ¿Cómo la Vida puede *ser* (ser = lo constante), si ella siempre *deviene*? Si, a través de la Voluntad que se quiere absolutamente, Nietzsche respondía al problema tradicional de la *essentia*, el *Eterno Retorno de lo Mismo* será la versión nietzscheana de la cuestión relativa a la *existentia*, según Heidegger; él representará el *modo* según el cual se concilian en aparente armonía la estabilidad de la Voluntad en su permanente querer-se, y el dinamismo de la vida el cual repugna toda fijación. Siguiendo el camino de tal vinculación, el *Eterno Retorno de lo Mismo* se confundirá con el movimiento por el cual la Voluntad, al liberarse del resentimiento que anida en ella contra el tiempo y su transcurrir, evita establecer un abismo al interior de sí entre lo que ella ya es como realidad cumplida y su verdadero ser: lo que puede -y por ende debe- *ser* como

devenir posible. Ahora bien, ¿cómo es posible tal conciliación sin que la Voluntad se esclerotice o se convierta en vacía ilusión? La respuesta de Nietzsche en la lectura de Heidegger es: incorporando el tiempo al querer de la Voluntad, integración que de una parte salvaguarda al tiempo como momento sucesivo de horas en la figura de la Eternidad, pero que de otra parte destruye al tiempo considerándolo como viaje azaroso en el cual el "fue" opuesto a la Voluntad "prospectante" es siempre recuperable.

Al festejar su triunfo en la doctrina del Eterno Retorno, la Voluntad de poder se abre al advenimiento de una nueva humanidad en la cual el hombre se yergue en maestro indiscutido de la tierra: este hombre nuevo será el *Superhombre*; aquel que literalmente encarna la Voluntad de poder en el hecho de la supremacía de la *animalitas* sobre la *ratio*; él será el que comprendiendo que el Ser del ente es Poder, querrá el Poder de manera incondicional y responderá de tal modo afirmativamente al querer mismo de la Voluntad. A través del Superhombre anunciado por Zarathustra, el pensamiento de Nietzsche, y con él la metafísica, se manifestará abiertamente como antropomorfismo, y desde tal perspectiva posibilitará la instauración del reino de la técnica en el cual hoy existimos. Dentro de este horizonte en el cual el Ser se convierte en lo a-disposición para el imperio de lo "humano", la Verdad, respondiendo a la versión que de ella da, desde siempre, la metafísica, se ofrecerá siempre como *adae-quatío*, esta vez en la figura de la *Justicia*; y ello en el sentido de un proceso donde a través de una Sentencia permanente, la Voluntad, que se ha puesto ella misma esencialmente en causa, otorga satisfacción a lo que desde siempre ella se exige: su propio querer. Instancia más original que la verdad como simple valor sometido al Arte, la Justicia, que aparece en Nietzsche como "carácter fundamental del pensamiento", constituye quizás la prueba más saltante de la manera en la cual este filósofo se inscribe en la metafísica, es decir en la Historia más íntima de Occidente.

Perteneciendo a esta Historia, Nietzsche tratará, sin embargo, vanamente, de romper con ella. Él la denunciará como nihilismo y en tanto nihilismo buscará superarla. Movimiento complejo que asume grados y formas diversas, Nietzsche comprenderá el nihilismo en su forma más general como el proceso de anonadamiento y decadencia que afecta al ente en su totalidad cuando él es interpretado como correlato adecuado a valores supra-sensibles que, situados en un "mundo verdadero", norman la conducta de los hombres y ordenan lo real. Expresado a través de la fórmula "Dios ha muerto", el nihilismo se develará como la puesta al descubierto de la mentira que la Vida se hace a ella misma cuando como Voluntad de im-potencia efectúa el auto-despojo de sus prerrogativas. Tal engaño, que se cumple en toda la metafísica entendida como Platonismo, será el que sostenga como símbolo de la Voluntad de sumisión al "hombre bueno", el cual se define por la interpretación cándida que tiene del mundo. Empero, el nihilismo no se agota en el reconocimiento de la

vacuidad de los antiguos principios; tomando apoyo en tal denuncia él será sobre todo el esfuerzo que ensaya sobrepasar esta historia y que, como "nihilismo clásico", busca en la aceptación del poder -y mediante una reflexión que desea ser contra-metafísica- el cumplimiento de la transvaloración de todos los valores, es decir, la instauración de un nuevo principio que haga "justicia" a la vida en tanto ella es voluntad que es poder. La doctrina de Nietzsche pretenderá encarnar tal nihilismo positivo, extremo, clásico, en el cual se pone en juego una Voluntad de Verdad por la que se pronuncia un "sí" pleno a un querer que solo gana su esencia en una por siempre inacabada auto-posesión. De esta suerte, el término "nihilismo" pierde su significado estrictamente nihilista en tanto comprendiendo el aniquilamiento y la destrucción de todo valor hasta entonces predominante, al mismo tiempo que la pura nulidad del ente y el carácter desesperado de la historia del género humano.

Ahora bien, frente a la pretendida disolución de la metafísica que como la tarea de su propio pensamiento anuncia Nietzsche, Heidegger hace notar cómo en realidad no solo la metafísica no se halla revocada, sino que, extendiendo su imperio en una continuidad rigurosa con su propia historia, ella actualiza sus designios más ocultos y asume abiertamente una dimensión planetaria. Al igual que la tradición, Nietzsche desconocerá pues al Ser rebajándolo a la categoría de valor y, a través de la doctrina de la Voluntad de poder, dando forma a un proyecto fundamentalmente metafísico en el que la Voluntad como fuente del pensamiento representativo se desplegará según su querer. Es así como el nihilismo nietzscheano que pretende ser un contra-nihilismo, constituirá en los hechos la forma más sutil que adopte el auténtico nihilismo al mostrarse como lo opuesto a sí mismo al interior de un proceso que explica de manera "justa" pero no "esencial" lo que es. Así pues, el antiplatonismo de Nietzsche, a ojos de Heidegger,

continúa sin embargo, como todo "anti-" necesariamente vinculado a la esencia de aquello a lo cual se opone. En tanto simple inversión de la metafísica, el anti-movimiento de Nietzsche contra ésta se enreda sin salida posible en sus lagunas y eso de tal suerte que la metafísica, divorciándose de su propia naturaleza, no es más capaz, en tanto metafísica, de pensar su propia esencia².

Con Nietzsche, la metafísica conducirá a su término el desarrollo de las posibilidades que le han sido asignadas y el hombre, que es según la metafísica, renunciando a su verdadera esencia, se colocará definitivamente fuera de la dimensión historial de lo Auténtico.

² Heidegger, Martin, "Nietzsches Wort 'Gott ist tot'", en su: *Holzwege*, Frankfurt a. M.: Vittorio Klostermann, p. 200.

Llegando la metafísica a su finalización en el doble sentido de acabamiento y cumplimiento, el pensamiento no se hallará por ello aniquilado, por el contrario, él será in-vocado desde el fondo mismo de la *Errancia* para un nuevo "Comienzo" a partir del cual se dirigirá, mediante la tarea de re-apropiación, hacia el suelo todavía no explorado del ser en su Verdad: "La Apropriación de la metafísica convoca el Pensamiento a un llamado más inicial"³.

El "pensamiento del Ser" halla su nacimiento en el movimiento esencial de "transcendencia" por el que la metafísica es asumida, no en tanto historia decaída sino, como "época" necesaria exigida por el Ser en el cumplimiento de su Verdad. Tal movimiento, que significa apropiarse de la esencia hasta ahora impensada de la metafísica a través de un "salto" del pensamiento, nos conduce a discernir en la Historia de Occidente los signos que nos indican que ella es portadora de un Destino: este entendido como suceso indisponible nos confronta al "Olvido" que la metafísica hace del Ser; Olvido que es en el fondo el enneguecimiento que el mismo Ser propicia cuando como claridad funda al ente. Así pues, el Olvido constituirá el símbolo de una doble incompreensión; tanto aquella que se efectúa del Ser cuando él se rehúsa como "ocultada-no-ocultación", como aquella otra incompreensión que la metafísica hace de sí misma cuando "olvida" que, "olvidando", no hace sino cumplir un rol Historial.

No siendo atenta a la esencia del Olvido que pone en obra, la metafísica caerá en la in-Diferencia frente al Ser y al mensaje más antiguo que él nos ha legado: aquel encerrado en el término *A-létheia*. Efectivamente, no se percibirá que el Ser es Di-ferencia original, Di-mensión que ofreciéndose como *Pliege*, permite toda experiencia y comprensión del ente en tanto tal, horizonte donde habita toda meditación y de donde también toma origen la esencia de lo humano.

Según Heidegger, la *Errancia*, al mismo tiempo que realización de un Destino, la metafísica ofrece como don a la meditación su inclusión esencial en la Historia de la verdad del Ser; en esta ella aparece como la no-verdad original que a la vez que exige la aclaración del "por qué" historial de su in-Diferencia, abre el camino de la vuelta a lo propio, favoreciendo de tal manera el acontecimiento por el cual el Ser mismo se entrega como la Nada que une y separa en el seno de la Di-ferencia ontológica.

Así pues, pensar el Ser en su verdad será renunciar al espíritu metafísico de "dar razones" para efectuar la salvaguardia de esta historia preñada de Olvido; ello implica aceptar al Ser bajo el modo de la Ausencia y

³ Heidegger, Martin, "Zur Seinsfrage", en su: *Wegmarken*, Frankfurt a. M.: Vittorio Klostermann, 1967, p. 252.

comprender que el pensamiento es auténtico solo cuando preserva el secreto de la Verdad.

Comprendiendo que la metafísica concierne el modo a través del cual el hombre él es *ahí* del Ser, su sobrepasamiento significará la apertura a una nueva comprensión de nuestra esencia, la cual, entonces alejada de toda antropología, nos dirá que en tanto hombres somos al mismo título pastores del Ser y "lugartenientes" de la Nada (*die Platzhalter des Nichts*). Y ello es bien así, pues al interior de la omisión del Ser en su permanecer-ausente, el hombre debe en la unidad de su mismo comportamiento, comunicar, a través de la Palabra, el sentido al ente presente a la vez que salvaguardar, en un silencio esencial, la ausencia del Ser que se rehúsa.

De lo dicho aparece entonces el Ser en su permanecer-ausente figura como la Nada que se oculta en la *A-létheia* para constituir, en el despliegue que hace de su esencia, el más fecundo "nihilismo". Así pues, reclamándose de un origen más profundo que el comportamiento negligente de los hombres, esta Historia de lo que no es simplemente ente, se erige como "Nihilismo Esencial" que salvaguarda el enigma más secreto del Ser: el sometimiento a su propia esencia en la figura del Destino. Por su parte, la metafísica envuelta en el advenir del Ser, aparecerá como nihilismo, no solo por no pensar al Ser, sino más fundamentalmente por cumplir en su olvido la tarea que le ha sido asignada. Empero, el pensar metafísico introducirá igualmente -en tanto ciego a su propio fundamento- lo inauténtico en el advenir del Ser. Nos dice Heidegger en *Nietzsche II*:

El nihilismo se produce en tanto metafísica en lo inauténtico de él mismo. Ahora bien, esto inauténtico no es carencia de aquello que tiene de auténtico, sino el cumplimiento de sí, en tanto que es el permanecer-faltante del Ser mismo y que a éste importa que dicho permanecer-faltante él lo permanezca totalmente⁴.

Desde tal perspectiva él será entonces no-verdad originaria y como tal no-esencia (en el sentido de esencia pre-existente) co-responsable del velamiento original de donde lo manifiesto extrae su origen e impulsa su vuelo.

Así pues, la metafísica como Historia secreta del Ser, como nihilismo auténtico que cumple sin embargo la inautenticidad de este al interior de un proceso esencial, mostrará al pensamiento que la sobrepasa que ella es en verdad el Suceso que, a la vez que cubre el Enigma en el cual se disimula el Ser como Promesa de su venida, propicia el Olvido fundamental que preserva el Rehúso como Rehúso. Entendiendo esto se

4 Heidegger, Martin, Nietzsche 1 und 2, Pfullingen: Verlag Günther Neske, 1961, p. 360.

hace entonces claro que en la Di-ferencia –que es el Ser mismo– la distancia infinita que separa al Ser del ente y a la Verdad de la no-Verdad, no es en el fondo sino la radical proximidad en la cual "Nada" brilla como huella de la Retirada en medio de la insistencia de lo presente: "La omisión es la real historia y ella tiene lugar en tanto tal a partir de la unidad de esencia de lo inauténtico con lo auténtico en el nihilismo. Esta historia no está al margen de la 'esencia'. Ella es esta esencia misma y ella 'no es nada sino esta esencia'.

A modo de conclusión podemos afirmar en razón de lo expuesto que, para Heidegger la esencia del nihilismo no es sino la *Historia misma del Ser*; que dicha Historia en la cual la metafísica se halla imbricada se muestra en su trama –donde la claridad es reserva– como la estructura misma de la Verdad en la que el Ser se entrega como la Identidad que une y la Diferencia que separa. Al interior de esta Historia el pensamiento humano debe revelarse como "Pensamiento fiel" y "lenguaje originario" que, en tanto es "Memoria", conmemore al Ser en su retirada y por allí se comprometa con la Verdad. Solo dejando venir al Ser en el espacio de su esencia, el hombre se elevará a la dimensión de abrigo y morada que el Ser reclama y de tal manera se instalará en la Diferencia como el "vecino del Ser"; será en esta vecindad entonces que el pensamiento, reconociéndose y aceptándose como don y ofrenda, se asumirá como pensamiento mortal que en su radical finitud halla el lugar del re-encuentro con el Ser como Nada.

Obras de Heidegger citadas

Per Satz vom Grund, Pfullingen: Verlag Günther Neske, 1957 (vierte Auflage 1971).

Die Frage nach dem Ding, Tübingen: Max Niemeyer Verlag, 1975 (erste Auflage 1962).

"Nietzsches Wort 'Gott ist tot¹", en: *Holzwege*, Frankfurt a. M.: Vittorio Klostermann, 1972, (fünfte Auflage), pp. 193-247.

Identität und Differenz, Pfullingen: Verlag Günther Neske, 1957 (fünfte Auflage 1976).

Nietzsche I und II, Pfullingen: Verlag Günther Neske, 1961.

"Das Ding", "Logos (Heraklit, Fragment 50)" y "Wer ist Nietzsches Zarathustra?", en: *Vorträge und Aufsätze*, Pfullingen: Verlag Günther Neske, dritte Auflage 1967, Teil II, pp. 37-55, Teil III, pp. 3-25, Teil I, pp. 93-118.

Was heißt den ken?, Tübingen: Max Niemeyer Verlag in, 1951*1952 (Dritte unveränderte Auflage 1971).

"Brief über den Humanismus", "Hegel und die Griechen", "Platons Lehre von der Wahrheit", "Was ist Metaphysik", en: *Wegmarken*, Frankfurt a. M.: Vittorio Klostermann, 1967, pp. 145-194, pp. 255-272, pp. 109-144, pp. 1-20 (la Introducción: pp. 195-271; Postface: pp. 99-108).